



LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.



Ideas generales sobre los Montes de Piedad, por D. Juan Nepomuceno Blasco.—**La mensajera**, por D. Juan A. de Viedma.—**El Abad de Saint-Gall**, cuento popular por J. C. B.—**Dolora**, por M. R. B.—**La mano de nieve**, novela, continuacion.—**Soneto**, por T.—**Curaciones singulares**.—**Solucion á la charada inserta en el número anterior**.—**Solucion al Geroglífico**.—**Charada**.

II.

IDEAS GENERALES

SOBRE LOS MONTES DE PIEDAD.

A socorrer oportunamente, con prudencia y con reserva las necesidades graves y perentorias, combatiendo al mismo tiempo ese tráfico usurario, que, aunque tolerado por nuestra actual legislacion, pugna de lleno con la ley de la naturaleza y con las disposiciones canónicas, deben dirigirse los Montes de Piedad.

El religioso Bernabé Iteramense creó y difundió por toda Italia estos benéficos establecimientos, con los cuales puso un freno poderoso á la famélica avaricia de los judios, quienes á fuerza de escandalosos mútuos reducian á la miseria á multitud de familias que en necesidades extremas se vieran forzadas á implorar el interesado auxilio de aquellos traficantes despiadados. Generalizáronse desde luego por todo el mundo cristiano con tan próspera fortuna que el sacrosanto Concilio de Trento los colocó en el número de las obras pias, viéndose patrocinados por personas de la mayor influencia y de muy distinguida religiosidad.

No obstante, la Iglesia Católica, zelosa defensora de la integridad y pureza del dogma, cuyo espíritu en punto á caridad se halla consignado en aquellas hermosas palabras *dad prestado sin esperar nada*, fijándose en el corto sacrificio que ecsigen á los infelices socorridos, y principalmente en los abusos, á que, como obra de los hombres y manejada por estos, se encuentran espuestos, combatió los Montes de Piedad, haciendo uso contra ellos de

sus armas espirituales algunos Sumos Pontífices, con especialidad Benedicto XIII en su constitucion *Jam dudum* año de 1729.

Andando el tiempo han sufrido tambien recia y porfiada oposicion, no ya solo bajo el aspecto teológico, sino aun bajo el de sus tendencias sociales, alzando el grito en su contra hasta filósofos de buena ley. En una noticia del Monte de Piedad de Paris, que hemos tenido á la vista, se dice respecto de aquel establecimiento. «¡Monte de Piedad! Llamémosle, si se quiere ser exactos, monte ajeno de toda piedad y compasion: la frase corresponderá al objeto á que es relativa.» Ignoramos los estatutos y reglamentos de aquella grandiosa casa, cuya entrada y salida de fondos ascendió en solo el término de los quince años transcurridos desde 1815 á 1830, á la enorme suma de 1.885,000,000 de francos; pero es indudable que el duro apóstrofe de Mr. J. Anthody solo podia ser aplicable á su mala organizacion, á abusos en su práctica, ó á otros vicios inherentes á cualquiera obra de los hombres, sobre todo cuando posteriormente hemos visto en aquella Nacion gobiernos de índole diferente estableciendo reglas para el buen orden de su conservacion en beneficio de los pobres.

En nuestros dias, bien puede asegurarse, no habrá persona alguna, aun entre las mas meticulosas, que no reconozca la utilidad de semejantes establecimientos ecsistentes en nuestro propio pais con gran ventaja de las respectivas localidades: un sábio y virtuoso prelado español los ha llamado «piedra filosofal de la caridad». Ellos no conspiran de modo alguno á la abolicion de la limosna, ni atacan en lo mas mínimo á la moral cristiana, la cual no necesita por su parte despojar á las obras de los hombres del verdadero mérito que puedan tener,

para lucir como la mas pura, la mas completa y la mas interesante del universo en todos conceptos. ¡Harto vasto es el campo del infortunio para que sobre él pueda el fervor religioso derramar á manos llenas el torrente de su inagotable compasion! Nunca, por muchos y muy acertados que sean los recursos que invente la prudencia humana para socorrer las necesidades públicas, han de faltar almas benéficas y modestas, que, apoyadas en el principio eterno de la caridad, quieran reservarse para sí solas la eleccion y la recompensa de sus beneficios, proporcionándoles el mayor placer la idea de que todos ignoran el bien que hacen y que ni aun llega á alcanzarles la gratitud. Además, la opinion de los modernos economistas sobre la buena distribucion, recto uso y ventajas de la limosna no está en contradiccion con el concepto que de ella han formado en todos tiempos lo mismo los filósofos ilustrados que los caritativos fervorosos. Séneca que celebró á los atenienses por que *daban trabajo* á los pobres, el juicioso y austero valenciano J. L. Vives, el festivo Quevedo, el sábio Pluche... todos, aunque viviendo en siglos y épocas tan diferentes, están de acuerdo en este particular: la limosna gratis data, suministrada sin discernimiento y por mera costumbre, si bien alivia necesidades del momento y ampara á verdaderos necesitados, suele ser un medio, no de extinguir, sino de aumentar la mendiguez. Peor, mil veces peor es que perezca de miseria y de hambre el verdadero pobre, que el que á su sombra se alimenten los viciosos y mal entretenidos; pero la esperiencia, maestra de desengaños y juez del acierto, enseña que las limosnas imprudentes son con frecuencia un estímulo á la holgazaneria, y que cuando se contribuye á ellas, se comete un verdadero delito, pues siendo una propiedad del que absolutamente carece de todo y que no tiene aptitud para trabajar, deben considerarse como un robo, una usurpacion. Nuestros principios religiosos nos conducen por el camino que señala nuestro corazon, y pocas almas se resisten á las miserias y llantos del que pide *por el amor de Dios*; pero estos mismos generosos impulsos nos revelan la impotencia del medio, nos demuestran que una limosna acalla el hambre del dia, pero que allí terminó su influencia.

De intento hemos dejado correr la pluma, á riesgo de aparecer incongruentes; mas forzoso es consignemos nuestra franca opinion en una materia que las admite algo dudosas, siquiera sea para fundamentar lo que en otro lugar tendremos que decir: vengamos ahora á nuestro mas directo é inmediato propósito.

Toda la teoría de los Montes de Piedad consiste en hacer préstamos á módico interés, bajo la garantía de prendas, que quedan empeñadas, y que

se venden en pública almoneda, caso de no satisfacerse por sus dueños al plazo determinado la cantidad recibida.

El mérito de estos establecimientos, y la piedra de toque para justificar su utilidad, consiste, presupuesto el buen orden de su administracion, en que hagan los préstamos al menor interés posible, con facilidad y sencillez y á tiempo oportuno. Solo así podrán competir ventajosamente con esas mal llamadas agencias, que diseminadas por todas partes, á manera de atalayas, acechan sin cesar la ocasion de sorprender á sus víctimas, provocándolas al sacrificio en el momento critico de su desesperacion. Los Montes deben conciliar las seguridades, que tienen un derecho á exigir para justificar la legitima procedencia de las prendas que han de garantizar el pago de sus erogaciones, con la facilidad y sencillez de los medios que adopten al intento, no sea que el cúmulo de embarazosas y prolijas diligencias, lastimando la delicadeza de unos y gastando la paciencia de otros, retraiga á los mas atendibles de impetrar un auxilio, en cuyas ventajas deben entrar por mucho el sigilo y la oportunidad.

No en todos los Montes de Piedad se han exigido premios ó réditos por los mútuos: en Nápoles existia antes de la última revolucion uno cimentado bajo tales bases. No podemos olvidar la pintura lisongera que para los corazones sensibles hace el conde de Maule en sus *viages de España, Francia é Inglaterra*, tomo 5.º, pág. 404, de aquel generoso establecimiento. «Sus rentas, dice, son copiosas y se invierten en objetos de misericordia. En él se comprendió, añade, la virtud de la Caridad en su sentido purísimo y evangélico. Las limosnas ó préstamos que se exigian por los pobres, y que no podian tener un destino mercantil por su pequeñez, se daban sin premio, sobre prendas, por el plazo de dos años, fijándose el máximo en dos escudos.» Una institucion de semejante clase, donde, aunque bajo fianza, se dispensase gratuitamente á cuantos indigentes se acercáran un auxilio adecuado á sus necesidades del momento, seria el bello ideal de nuestras mas gratas ilusiones. ¿Pero como crearla y sostenerla entre nosotros? ¿Podria ella hacer frente al inmenso aluvion de las calamidades públicas? La exigua ventaja de descontarse de sus operaciones el importe de un reducido interés ¿mejoraria tanto la condicion de los necesitados vergonzantes, á los cuales principalmente se consagra, y á quienes siempre hay que suponer poseedores de algo para que emprendan aquellas? Precisamente en Nápoles, en esa gran capital con su Monte-pio modelo y con mas de sesenta magníficos asilos de caridad y beneficencia espléndidamente dotados, abundan los pobres hasta ser su

multitud en proverbio. Y he aquí un ejemplo, que robustecido con otros muchos y principalmente con el que nos ofrece Londres, emporio del mundo filantrópico, donde hasta existe una asociación para redimir á los presos por deudas cortas, puede producir un argumento sólido acerca la conveniencia social de los Montes-pios fundidos en el crisol del mas absoluto aunque noble desinterés. Porque es indudable que tales establecimientos, aparte de otros muchos inconvenientes, traerian precisamente consigo la limitacion de sus actos de generosidad, no bastando apenas para atender á una mínima parte de los que se presentasen como acreedores á impetrarlos; á menos que no se diga que el tesoro público, ó lo que es lo mismo la comunidad de los contribuyentes, está obligado á restablecer el equilibrio social, *jus æquatorium*, considerando á la indigencia como un verdadero y forzoso impuesto sobre la riqueza, lo cual equivaldria á introducir en nuestro pais la *poor-rate* de Inglaterra con todas sus calamidades y abusos, sancionando disimuladamente, y en su parte mas funesta, las fantásticas máximas de los anabatistas, de los hermanos Moravos de América, de la colonia alemana Harmony..... en una palabra, el socialismo puro y neto con cuantos desastres le fueran consiguientes.

Consignados tenemos nuestros principios, que son los que han de prevalecer en el mundo positivo, y consecuentes á ellos, reconociendo y proclamando como justo, santo, inmejorable el deber moral de asistir las necesidades de la indigencia, no podemos prescindir de manifestar que ese deber moral, para convertirse en político y administrativo, no puede ni debe tener el mismo fundamento religioso; porque la única arma de la religion es espiritual, porque sus premios y castigos atañen al alma antes que al cuerpo y tienen por horizonte la eternidad. La beneficencia atrae hacia Dios por medio del sentimiento, como la religion inspira socorrer á los hombres por obligacion. «El desinterés absoluto (son palabras del Sr. Conde de Laborde) puede llamarse una perfeccion de la beneficencia, como el gusto lo es del talento; pero del mismo modo que este, las virtudes necesitan ejercitarse para llegar á tal grado de elevacion y pureza; es preciso generalizarlas, antes de establecer clasificaciones entre ellas: no hemos llegado todavía á esas dichosas sutilezas, y la beneficencia reclama aun estímulos para difundirse.»

Presentes estas consideraciones, admitimos en su esencia los Montes de Piedad tal como se hallan generalmente establecidos y los apoyaremos con toda la vehemencia de nuestra sólida conviccion, adoptando una frase que ha hecho célebre un poeta: conciliemos el interés público con el privado, y

de una institucion que pudo ser la obra de los ángeles, hagamos una obra de los hombres. Es decir, que emprendamos lo que es facilmente posible.

En nuestro siguiente artículo nos ocuparemos de la organizacion de las Cajas de Ahorros, para hacerlo despues de la de los Montes de Piedad.

JUAN NEPOMUCENO BLASCO.

LA MENSAGERA.

—«Golondrina, ¿por qué en mi ventana
tu nido has colgado?»

Sin cesar una y otra mañana
mi sueño has robado,
¿qué quieres de mí?».

Y responde la alegre viagera:

—«Yo canto las flores.

Yo de amantes feliz mensagera,
secretos de amores
te vengo á decir.

Cuando tiendo yó á España mi vuelo,
radiante el sol brilla;

se tapiza de flores el suelo;
se alegra la villa;
se enluta Alcalá:

Por que acaba el galan estudiante
sus dias de enojos,

y á la reja en que aguarda su amante,
ventura en sus ojos
acude á estudiar.

Mensaje es por eso mi canto
de hermosas veladas,

y él enjuga en las niñas el llanto
si esperan cuitadas
que torne el doncel.

Yo al turbarlas el cándido sueño
con dulce cadencia,

les anuncio que vuelve su dueño,
que acaba la ausencia,
que empieza el placer.»

Presurosa la niña sus rejas

abrió á la cantora,

y la dijo olvidando sus quejas:

—«¡Ay! ven cada aurora
mi sueño á turbar.»

Y de entónce al partir la africana,
le encarga su nido;
y al retorno la vé en su ventana
su canto querido
soñando escuchar.

JUAN A. DE VIEDMA.

Madrid.

EL ABATE DE SAINT-GALL.

CUENTO POPULAR.

I.

Los problemas del Emperador.

Empiezo por decir que la idea de este cuento no me pertenece puesto que pertenece á todos. *La Ilustracion francesa* aunque en diferente forma lo dió á luz hace mucho tiempo y solo he procurado alargarlo é introducir en él algunos diálogos. Dicho esto vaya el cuento.

Habia en otro tiempo un Emperador y un Abate.

El Emperador cansado de pelear en defensa de su pátria, volvia victorioso á ocupar el trono y á restablecer la paz en su imperio, cuando pasó por delante del monasterio donde habitaba el Abate de Saint-Gall.

Mucho habia oido ponderar el saber de este anciano y quiso detenerse un rato en su morada, para agusar su ingenio.

—Dios sea con vos—esclamó el Emperador.

—El os guarde—respondió modestamente el interpelado.

—Habeis de saber, buen Abate—continuó—que he oido alabar en demasia vuestro saber y deseo que me deis una prueba de él. Además, vos gozais de una vida demasiado pacífica y eso no os conviene. Atended á lo que voy á proponeros:

1.º Que me digais cuanto puedo yo valer, sentado en el trono, con el manto real, la corona puesta, y todo el rango que me pertenece.

2.º Acertarme en cuanto tiempo puedo dar la vuelta al mundo, sin equivocaros un segundo.

3.º Adivinarme lo que esté pensando, y que lo que esté pensando sea un error.

Tres meses os doy para resolver estos problemas.

Hoy es el dia 12 de Diciembre, si el 12 de Marzo no habeis ido á mi palacio con la solucion de los tres enigmas propuestos, os destituyó, os degrado y os hago pasear por las calles de la poblacion montado en un burro, de espaldas para su cabeza y de consiguiente de frente para su rabo.

Esto diciendo, marchóse el Emperador, y dejó á nuestro Abate sumido en una especie de estupor, del que vino á sacarlo Pedro, su cabrero.

Este era un poco mas anciano que el Abate, pero tan parecido á él, que á no haberles reparado la cabeza hubiera sido imposible distinguirlos.

Y digo la cabeza, porque el Abate no conservaba ya sus cabellos, mientras que el cabrero los tenia en abundancia.

Otra cosa tambien los distinguia en aquel momento.

Era el ropaje.

—¿Necesitais algo?—preguntó el recién llegado.

—Nada, hijo—retirate.

El cabrero hizo una cortesía lo mejor que pudo y se retiró tan contento como hacia una hora estaba el Abate.

—¡Tres preguntas!—esclamó este viéndose solo—¡pero que tres preguntas!!.

Pensando esto se dirigió á su escritorio, tomó la pluma y escribió á todas las personas mas notables del mundo, diciendo lo que le pasaba y á ver si alguno podia resolver los enigmáticos-problemas del Emperador.

Pero una por una fué recibiendo las contestaciones á sus cartas y todos le respondian que era imposible.

Dos meses, poco mas, habian transcurrido y ya entonces nuestro Abate ni comia, ni cenaba ni dormia.

Esto llamó la atencion de la comunidad, porque si hemos de hablar con franqueza, al tal señor no le disgustaba comer bien.

Un compañero le preguntó si podria saber lo que tanto le apenaba.

Comunicóle este el secreto, y el compañero tuvo que agachar la cabeza y responder que era imposible contestar las preguntas del Emperador.

Cada vez que el Abate oia la palabra imposible se le helaba la sangre en el cuerpo.

Ya se veia destituido del puesto que con tanto placer ocupaba; ya se veia pasear sobre un burro por las calles de la ciudad siendo la risa de todos.

El Emperador era bueno pero ríjido; esto le hacia ver mas claramente que no tenia escapatoria.

Paseábase un dia, cuando solo le faltaban tres para presentarse en palacio y sin saber como, ó mejor dicho, maquinalmente se entró por la puer-

ta del jardín y empezó á andar por sus calles tristes y malo al mismo tiempo.

Ya no le quedaba recurso alguno.

Habia ojeado todos los libros que tenia, pero en valde.

¡Pobre Abate!

Le parecia que la atmósfera era un peso enorme que le oprimia la cabeza, que el canto de los ruiñesores era monótono y frio; que la naturaleza estaba muerta.

Andando y embebido en estas meditaciones se salió al campo.

El cabrero que no lo perdía de vista, le siguió.

El Abate trepó por una montaña.

El cabrero trepó en pos de él como lo hubiera becho una de sus ovejas.

Así que aquel hubo llegado á la cima, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

El pastor se acercó á él y le tocó en el hombro.

Un estremecimiento eléctrico sintió el anciano por todo su cuerpo y volvió la cabeza.

—¿Eres tú?—dijo—¿qué quieres?

—Desearia, señor Abate, me dijérais el pesar que os entristece.

—Y para qué quieres saberlo si no lo puedes remediar?

—Es que quizas....

—¿Qué quieres decir?

—Que donde menos se piensa salta una liebre, lo sé por experiencia, señor Abate.

—¿Y crees tú?...

—Que la liebre saltaria en cuanto indicárais la madriguera, señor Abate.

—Basta de bromas.

—Jamás las he usado, señor Abate.

—En ese caso deja el señor Abate y hálame como á un igual tuyo. ¿Sabes lo que tengo?

—Lo sé.

—¿Y cómo?

—Nunca habia visto á un Emperador, y quise verlo; para esto procuré averiguar el dia en que debia pasar por aquí; le esperé, y le ví. Despues me oculté en un rincon del monasterio y cuando él os dijo... lo que os dijo, yo me enteré.

—¿Y eres capaz de contestar á las tres preguntas?

—A las tres. Dadme vuestro ropaje y yo responderé.

—Pero...

Bien sabeis que tengo la fortuna de ser vuestro retrato; no me conocerá; solamente os ha visto una vez.

—La voz...?

—En tres meses no se acuerda de vuestra voz; además yo procuraré imitarla.

—Yo no tengo cabellos.

---Ocultaré los míos.

---Tú eres el ángel de mi guarda, Pedro, si me salvas te ofrezco...

—No ofrezcadme nada.

—Sí; una cosa que no puedes rechazar, mi amistad y mi proteccion.

—Gracias, señor Abate, las acepto desde luego... Pero cambiemos de ropa.

El anciano saltaba de gozo; ya le parecia el aire eminentemente respirable; el canto de los ruiñesores alegre y amoroso; la naturalera viva y sonriente.

Ambos cambiaron sus ropas, y para abreviar, el Abate de Saint-Gall quedó guardando cabras y Pedro tomando el carruaje de su dueño, partió aquella misma noche para la capital.

II.

Lo que hizo Pedro.

Era el 12 de Marzo.

El Emperador sentado en el trono, con el manto puesto sobre los hombros, la corona en la cabeza y el cetro en la mano espera al Abate de Saint-Gall.

Un paje anunció la llegada de este, y entre todos los caballeros de la corte se oyó un murmullo que queria decir. «Ya está ahí, veamos.

Llegó este y presentóse al Emperador.

—Dispensadme—dijo—si quedo con la cabeza cubierta, pero es necesario que así lo haga para la resolucion de uno de vuestros problemas, ó la solucion de uno de vuestros enigmas.

—Bueno—anadió el soberano—contestadme á la primera pregunta. ¿«Cuánto podré valer yo tal como estoy»?

—Señor,—respondió el finjido Abate—á Jesucristo se le vendió en treinta dineros; por mucho que valgaís habeis de valer menos que el hijo de Dios; os graduo en veinte y nueve dineros y creo que vuestro orgullo quedará saciado.

El Emperador se ruborizó al verse humillado y respondió:

—No creí que con tanta facilidad me contestaríais á la primera pregunta: veamos si os es tan fácil la segunda.

¿En cuánto tiempo puedo dar la vuelta al rededor del mundo? Me habeis de responder sin equivocaros en un minuto.

—Montándoos en el sol, puedo aseguraros que dareis la vuelta al mundo en doce horas.

Una mirada de inteligencia y un rumor sordo circuló por todo el auditorio.

El Emperador prosiguió:

--Pasemos á la tercera que es la mas difícil: si no me contestais á ella cumpliré lo que os ofrecí en el monasterio.

--La última es la mas fácil--respondió sonriéndose el finjido Abate..

--Veamos--continuó algo incómodo el soberano. *¿En qué estoy pensando?*

--Seguramente pensais hablar con el Abate de Saint-Gall.

--¿Y bien?... eso pienso; pero os dije en vuestra morada que mi pensamiento habia de ser falso, que yo habia de estar en un error.

--Y bien.... en un error estais; yo no soy el Abate de Saint-Gall.

--¿Cómo?!--esclamó el Emperador--y todos los ojos de los oyentes se fijaron en Pedro; el cual descubriéndose dejó caer multitud de cabellos blancos sobre su morena frente como una lluvia de nieve cae sobre el tosco peñon ennegrecido por el continuo embate de los elementos.

Aquella cabeza blanca y aquella morena frente eran suficientes pruebas para conocer que el que acababa de hablar no era el Abate.

Pedro esplicó quien era y todos alabaron la sutileza del pastor.

El mismo soberano exclamó:

--Desde hoy esa ropa te pertenece, lo mismo que á tu señor la de cabrero. En cuanto á él, no habiendo cumplido con lo que le mandé le haremos venir y pasear por todas las calles montado en el asno.

--Señor--dijo el pastor--ya es viejo Pedro para aprender á leer y saber las cosas de la Iglesia: quede siendo cabrero para lo cual jamás envejece. ¿De qué me serviría saber resolver enigmas si no sabría vivir entre la comunidad?

--Veo lo que me dices y desisto tocante á tu nombramiento, pero el Abate de Saint-Gall ha de sufrir su castigo. En cuanto á tí ya que no quieres el cargo que te propongo pide lo que mejor te parezca.

--Voy á tomarme esa libertad, señor Emperador, si vos me ofreceis cumplir lo que os pida.

--Te doy palabra de cumplir lo que tú quieras si está en mi mano.

--En vuestras manos está.

--Habla.

--Dejad á mi amo siendo lo que era, talmente como si él y no yó hubiese sido el que respondió á las preguntas porque yo he sido mandado por él para ejecutar lo que él habia resuelto.

--Sea--dijo el Emperador viéndose preso en sus mismas redes.

--Gracias--contestó el pastor y despidióse.

Un profundo silencio reinó en la sala del trono. Nuestro pastor salió de aquel aposento y cuando

se vió en la calle, montó en el carruaje de su amo y carruaje y cabrero tomaron el camino del monasterio.

III.

Conclusion.

En el camino que conducia al monasterio, esperaba el Abate de Saint-Gall á nuestro pastor y apenas vió llegar el coche, le mandó parar, y sacando de él á Pedro le condujo sin decirle una palabra á su escritorio donde despues de cerrar la puerta dijo:

--Y bien, amigo mio, ¿cómo habeis salido de vuestra empresa?

--Os he salvado, señor--y en pocas palabras refirió á su señor todo lo ocurrido.

Este no pudo menos que lanzarse en los brazos del pastor.

Desde entónces fueron inseparables.

Poco tiempo despues de lo que acabamos de referir, recibió Pedro una carta del Emperador en la que se le asignaba una pension vitalicia, lo suficiente para dejar su rebaño.

Pedro la aceptó, pero jamás abandonó sus cabras.

En cuanto al anciano Abate, se sabe que pronto volvió á recuperar su salud y su buen apetito.

Todo el monasterio alabó el saber del Abate.

Ignoraban que Pedro era el verdadero descifrador.

Pero Pedro tenia el consuelo de haber hecho un bien, y el horgullo de ser protegido por el Emperador.

J. C. B.

Málaga 1862.

DOLORA.

A FEDERICO ROBERT.

I.

--¿Me ves llorando? ¿Me ves con cuanta amargura lloro?

Es que te adoro, te adoro

y sufro en silencio, Inés--

--¿Y si me olvidas despues?

--No temas, no, que recobre

dudas mi amor, ni zozobre
la dicha que tanto ansío....

¡una esperanza, bien mío!

—(¡Pero Señor, si es tan pobre!)

II.

—Mis bienes son en verdad
de todos envidia, espanto,
tanto tengo, tanto, tanto....
que es una barbaridad.
Si quiere usted ser mitad
de suma tal como indico,
no busque usted otro chico
con mas talegas que yo:
respóndame usted sí ó nó.

—(¡Pero Señor, si es tan rico!)

III.

Este el cementerio es,
aquí concluye la duda,
aquí la verdad desnuda
reposa bajo un ciprés.
¿Ves esa tumba? ¿la ves
de ese pavimento sobre
recuerdos de plata y cobre?
pues no dudes Federico
que ahí los huesos del rico
se juntan con los del pobre.

M. R. B.

Málaga, 1862.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

Todos los autores adocenados lo adulan y él distribuye entre ellos, según le parece, los buenos y los malos sucesos, la oscuridad y la fama... Mira allí aquel caballero con quien el eminente crítico se ha puesto á hablar. Es el primer abogado de nuestro foro, el abogado Sinistri; una celebridad curial. Hace la corte á la señora Antonieta y me temo que sea para casarse con ella en las barbas de sus rivales.

Instantáneamente el odio mas acendrado contra

el jurisconsulto vino á apoderarse de mi corazón.

—De procurador á abogado;—dije yo;—pobre muger! Según esto, ella está condenada á no salir jamás de entre el polvo de los legajos de autos.

—Mi querido amigo—repuso Ambrosio—ese polvo esta mezclado la mayor parte de las veces con polvo de oro. El abogado Sinistri gana mas de veinte mil francos al año.

Entonces sin saber porque, miré al abogado con no poca antipatía. Me pareció ver en él la figura prosáica de un ugiar: tenia la nariz larga arqueada un poco hacia abajo y llevaba un par de lentes con arco de oro.

Descendíale hacia las mejillas escasos cabellos rubios, vagaba siempre por su boca una sonrisa que á mi me parecia de burla habitual y á cada momento se inclinaba en señal de aprobacion.

Ambrosio me dijo acercando su boca á mi oído y apretándome el brazo con inquietud:

—He ahí al señor Sennuccio que se acerca á nosotros con el poeta Alducci. Apuesto á que viene á reanudar la conversacion. Yo te dejo.

Y lo hizo tal como lo acababa de decir.

El viejo vino en efecto á hablarme.

§

—Señor Dalbene—me dijo el recién llegado con sus maneras tan ingenuas como irónicas—vuestro amigo Ambrosio os habrá dicho muchas buenas cosas de mí, no es cierto?

—Sí..... no.....—dije yo no sabiendo lo que hacer: quiero decir que hemos hablado de otro particular.

—Bueno, bueno. Ambrosio es una cabeza vacía que jamás llegará á ser nada, sabe V. nada; ni aun siquiera murmurador. Por lo demás es un buen joven que cuando tiene el cuello, la cabeza y el vestido según la moda se lo ordena, es el mas dichoso, el mas feliz de todos los hombres; que los hierros del peluquero le sean propicios! Ese obtendrá ciertamente el reino de los cielos..... Quiere V. que le presente al ilustre poeta Alducci, señor Guido.

La agradable sensacion que estas palabras me produjeron, me hizo sudar.

—Yo!—baluceé poniéndome colorado como una remolacha—jamás hubiera osado.... seria para mí la mayor fortuna que....

Entonces dejáos llevar.

Y, asíndome de la mano, me condujo al sitio donde se hallaba el poeta, que era no muy lejos de nosotros y bajo la influencia de los brillantes ojos de varias señoras ante las cuales estaba fijo como si la inspiracion estuviese revoloteando en torno á su cándida frente.

—Alducci—dijo el viejo—os presento á un excelente joven, del que soy sumamente amigo, el señor Guido Dalbene.

Esta presentación hizo salir de su éstasis al célebre poeta

«come persona che per forza è desta»

y se volvió instantáneamente. Se fijó sobre mí casi con aire de fastidiado é inclinó la cabeza con lentitud. Yo le saludé en la misma forma que lo había hecho ante la beldad de la señora viuda.

(Continuará.)

SONETO.

—Tan pálido te encuentro y demacrado
Cual si salieras de la negra fosa.
—Tú no sabes la plaga que me acosa.
—O no tienes un cuarto ó te has casado;
Si acreedores y suegra te han cercado,
Y es tu *cara* mitad fea ó celosa,
De irascible carácter, ó *nerviosa*,
Habrás á Job mil veces invocado.
—¡Ay no es eso! — Tal vez de una coqueta
Te enamoraste al cabo? — ¡Qué! tampoco.
—Pues entonces, amigo, qué te inquieta?
Tú lo estás, y me quieres volver loco.
Mas... ya caigo ¿te dió por ser poeta?
—Y escribo en albums ¿te parece poco?

T.

Málaga.

CURACIONES SINGULARES.

Plutarco, en un tratado que escribió de «como sacarán los hombres provecho de sus enemigos» cuenta de un hombre que tenía por grande enemigo suyo á otro llamado Prometeo, al cual andaba buscando para matarle: ofreciósele la ocasión de hacerlo, y habiéndole dado diferentes estocadas, una de ellas fué en un lobanillo que Prometeo tenía y que estaba declarado incurable: mas habiéndose vaciado de resultas de la herida, quedó enteramente bueno; cosa que no había podido lograr en muchos años á pesar de todos los remedios y operaciones de la medicina.

Plinio escribe de otro llamado Falerio que padecía de un flujo de sangre por la boca continuo é incurable, de resultas de una vena rota: desesperado de no hallar recurso en la medicina y deseando terminar su miserable vida, se entró desarmado en una batalla, donde recibió una herida en el pecho, de la cual arrojó mucha sangre, cesando en el momento de echarla por la boca: y curándole despues los médicos de la herida quedó enteramente bueno.

De Quinto Flavio Máximo escriben que habiendo tenido por espacio de muchos años una cuartana pertinaz, entró un día en batalla con dicha enfermedad, y con la alteración de la pelea, quedó enteramente sano de ella.

Pero Mejia dice haber conocido á un hombre notablemente cojo de una herida que había recibido en un muslo, en cuyo estado vivió muchos años sin esperar remedio: y que habiendo despues tenido una pendencia, le hicieron otra herida en el mismo sitio de la primera, y que curado que fué, los nervios que se hallaban encongados se volvieron á alargar y restaurar de modo que quedó tan sano y perfecto como antes de sufrir ambas estocadas.

Solucion á la charada del número anterior.

CALavera es el *todo*
de tu charada;
por cierto que se encuentra
bajo la *cara*.
Mas ten en cuenta
que muchos por los hechos
son *calaveras*.

N. M.

Málaga.

Solucion al geroglífico.

Entre la muger y el hombre
hay una gran diferencia.

CHARADA.

Una planta conocida
vengo á ser, ni mas, ni menos;
pero si me baceis pedazos
hallareis varios objetos;
pues mi *primera* y *segunda*
dan cosa de fuego y hueso:
mi *primera* y mi *tercera*
andan entre juego y fuego:
mi *tercera* y mi *primera*
es defensa del guerrero:
usan *segunda* y *tercera*
señoras y caballeros:
segunda y *tercera* dan
un mitológico engendro;
y *tercia* y *segunda* es nombre
de unos diez y nueve pueblos.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, n. 3.